

excepcion hecha de los franciscanos (1), y de algunos sabios extranjeros. Entónces comprendió que el que se consagra á todos no obtiene ninguna gratitud individual: que el que ha servido á todo el mundo, parece no haber servido á nadie, y que nadie le trata como si hubiese aprovechado á álguien. Acordábase entónces del refran: «Quien sirve al comun, sirve á ningun (2).» Aliviado del peso de la administracion, se elevaba más libremente hacia Dios. Un sublime fervor elevaba frecuentemente su alma á las inexcrutables alturas de la conversacion celestial. En su forzosa ociosidad encontraba consoladoras compensaciones. La ingratitude del rey, la injusticia de la opinion pública, sólo servían para desprender de cada vez más á Colon de los intereses temporales, y le llevaban, como al apóstol de las naciones, el afortunado admirador de lo invisible, San Pablo, á vivir en el Cristo solo, y á no querer poseer ninguna otra ciencia fuera de Jesús muerto en la cruz.

(1) Humboldt reconoce que Colon vivía en Granada en compañía de los Franciscanos. — *Exámen crítico de la Historia de la geografia del Nuevo Continente*, tom. III, § 2, pág. 258.

(2) «Chi serve al comune, non serve a nessuno.»

## CAPÍTULO IX.

VERDADEROS MOTIVOS DE COLON PARA EMPRENDER SU CUARTO VIAJE.—ÁNTES DE SU PARTIDA DE GRANADA, MOSTRABA Á LA REINA, EN EL MAPA, NO ACABADO AÚN, DEL GLOBO, EL SITIO DONDE DEBÍA HALLARSE UN PASO PARA ENTRAR EN EL GRANDE OCÉANO.—DON BARTOLOMÉ SE NIEGA EN UN PRINCIPIO Á ACOMPAÑAR AL ALMIRANTE, PERO SE DECIDE DESPUES Á HACERLO POR ABNEGACION FRATERNAL.—COLON ESCRIBE AL PADRE SANTO, Y LE HABLA DE SU PROYECTO DE RESCATAR EL SANTO SEPULCRO DE LA ESCLAVITUD MUSULMANA.—DESCONFÍA EL ALMIRANTE DEL REY DON FERNANDO.—SUS PRECAUCIONES CONTRA LA PERFDIA DE LA CORTE.—ARDOR CATÓLICO DE CRISTÓBAL COLON.

### § I.

Léjos de pensar Colon en descansar finalmente de sus fatigas en el mar y de sus luchas contra la perversidad de los hombres, durante el gobierno interino de Ovando, impaciente por un reposo que ningun proveho producía al Catolicismo, propuso á la reina continuar sin demora sus descubrimientos.

Juzgando los historiadores modernos por los intereses humanos el móvil de ese cristiano ejemplar, atribuyeron su proposicion al temor de que le aventajaran sus rivales, los grandes marinos de España y Portugal, que se habian lanzado en pos de sus huellas, y ya habian hecho célebres sus nombres. Solamente por la envidia y la emulacion de gloria marítima explican ellos el celo cuyo ardor le empujaba, á despecho de la edad y las enfermedades contraídas en el mar, á explorar la inmensidad del espacio terrestre que todavía continuaba ignorada.

Esto es, empero, un error completo, una interpretacion directamente contraria á la realidad; y no obstante es consecuencia natural de las prevenciones en que se obstinan aquellos escritores acerca de ese hombre grande por su desinterés y su fe. Podemos asegurar que Colon no conservaba ya ninguna ilusion acerca de la Corte, y que ya no esperaba de ella ni favores ni riquezas. Quiso únicamente ponerse otra vez en camino para llevar el estandarte de la cruz á lo restante del globo, y completar de esta manera su obra de descubrimientos. Durante su expe-

dición, escribía á los Reyes Católicos: «No hice este viaje para obtener honras ni hacienda, esto es cierto, porque ántes de mi partida estaba ya muerta en mi toda esperanza en ellas (1).»

Hallado ya el Nuevo Mundo, pensaba que ahora tenía ya realizado el primer término de su misión; pero que le faltaba efectuar la vuelta al globo y rescatar el Santo Sepulcro, á fin de que, despues de haber mostrado el signo de la Salvación á pueblos hasta entónces ignorados, pudieran libremente presentar sus adoraciones al sepulcro del Salvador. Ántes de morir quería facilitarles el camino.

Un secreto atractivo se juntaba también á su fervor religioso para impelerle á esa navegacion, y era la dicha de contemplar partes ignoradas de la Tierra, porque los años no habian entibiado en lo más mínimo su juvenil entusiasmo por la Naturaleza. Colon no podía cansarse de admirar la creación y elevar su alma hacia el Criador. Ningun hombre en el mundo había recorrido tan grande extensión de mares y costas. Cuanto más había visto, más grande idea tenía de las magnificencias de Dios, y era mayor la sublimidad de sus impresiones.

En tierra, durante su reposo, luégo que su genio cesaba de tratar con lo desconocido, y que su penetración no debía aguzarse ya para sorprender alguna gran ley de nuestro universo, su talento meditativo hallaba agradable esparcimiento en la contemplación. Cuando en el silencio de su aislamiento, entre los intervalos de la oración, recogiendo en sí mismo, se entregaba Colon al deleite de los recuerdos, pareciale oír todavía, en el fondo del alma, las sonoras armonías de la poesía ecuatorial, y oír los gemidos de los vientos alisios y los severos acentos de las melodías pelágicas. Luégo por un simple cambio veía presentarse en su memoria, fielmente reproducidas, ora las melancólicas nieblas del Océano germánico y los hielos de los mares polares, ora los esplendores de las Antillas, y las magnificencias de la flora equinoccial. Las islas Afortunadas, las Azores, el archipiélago del cabo Verde, los grandiosos espectáculos de la Tierra firme, la majestad del Orinoso, el golfo de las Perlas, el esplendente cielo de la Trinidad, las constelaciones australes, cuanto habian divisado sus ojos, cuanto habia adivinado su intuición se unía á lo que vislumbraba en esperaza. La inmensidad de sus investigaciones se desarrollaba á su vista entera, simultáneamente, como un solo cuadro. Y desplegándose sublime la idea del Criador, se engrandecía á proporcion de ese cuadro inmenso.

Á pesar de sus años, fatigas y de postración de su alma y cuerpo, habiase dignado Dios conservar le toda la viveza de emociones de la juventud, y Colon le

(1) «Yo no vine este viaje á navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto, porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta.»—*Carta de Cristóbal Colon á los Reyes Católicos, escrita desde Jamáica el 7 de julio de 1503.*

daba gracias por tanta bondad. Apreciaba dignamente ese beneficio del alma, posesión del genio cristiano que ningun soberano podía suspender ó destruir. Hasta le parecia, en su humildad, que un gozo tan dulce no era propio de un pecador tan grande como lo era él; porque precisamente los mejores cristianos son los que están menos satisfechos de sí mismos, y acordándose de las bondades de su Divina Majestad, escribía con edificante candor: «Entré pequeñito en el mar, para dedicarme á la navegacion, y he continuado hasta hoy. Esta carrera mueve al que la sigue á querer penetrar los secretos de este mundo... Aunque yo soy pecador gravísimo, la piedad y misericordia de Nuestro Señor, que siempre he implorado, me han cubierto enteramente. Suavísimo consuelo he hallado poniendo mi dicha en la contemplación del maravilloso aspecto de su obra (1).»

Esta vasta contemplación, cuyo privilegio tenía solamente entónces Colon en la tierra, era efectivamente su mayor goce. Esta satisfacción pura no es un don hecho indistintamente á la criatura mortal. Muy poco la conciben las naturalezas ignorantes y carnales, los instintos codiciosos y materiales. El sereno deleite de la contemplación parece participar del placer de lo infinito; pero el impío y el incrédulo no lo han incluido entre sus goces.

¡Cosa prodigiosa! entre las maravillas de la Alhambra, por una especie de repentina inspiración veía el genio de Colon, al través del espacio y de lo desconocido, una imágen de este globo, y entre las dos grandes divisiones del Nuevo Continente, un espacio estrecho que debía servir de punto de comunicacion á esas dos grandes regiones. Únicamente que en esa contemplación misteriosa, él tomaba el istmo por un estrecho (2). Él hablaba de un estrecho de mar, mientras que lo que existía era un estrecho de tierra; y enseñaba á Isabel, en el mapa incompleto del Mundo inexplorado, el punto dónde debía encontrarse el estrecho por el cual podría irse al Asia; y lo indicaba con exactitud asombrosa. Lopez de Gomera refiere que buscaba un estrecho, del que habia hablado á los Reyes, para pasar al otro lado del mar, y cortar la línea equinoccial (3). Herrera certifica que, ántes de partir, habia dicho que creía encontrar el Estrecho hacia la altura del puerto *El Retrete* (4), inmediato al *Nombre de Dios*, países totalmente desconocidos y

(1) «Yo soy pecador gravísimo: la piedad y misericordia de Nuestro Señor siempre que yo he llamado por ellas me han cobierto todo: consolación suavísima he hallado en echar todo mi cuidado á contemplar su maravilloso conspecto.»—*Carta del Almirante al Rey y á la Reina.*—*Libro de las Profecías*, fól. iv.

(2) «Ma s' inganno nell' intenderlo, perciocche ei non pensava che fosse stretto di strettura di terra, come gli altri sono, ma di mari, che passasse come bocca di un mare all' altro.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cx.

(3) «Quisiendo buscar estrecho para pasar de la otra parte de la Equinoccial, como lo havia dado á entender á los Reyes.»—Francisco Lopez de Gomara, *la Historia de las Indias*, capit. *El cuarto viaje*, pl. iv.—Obra escrita en 1652, impresa en Medina del Campo, por Guillermo de Millis.

(4) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.<sup>a</sup>, lib. V, cap. i.

que él descubrió pocos meses despues. Las Casas dice que él pensaba que ese Estrecho debía estar cerca de *Nombre de Dios*. Benzoni asegura que iba directamente en busca de ese Estrecho (1). Washington Irving reconoce que él «conjeturaba que ese Estrecho estaba situado hacia el istmo del Darien (2).» Efectivamente, allí está situado el Estrecho de tierra que une las grandes regiones del Nuevo Continente.

Habiendo la reina aprobado ese proyecto, cuya grandeza cautivaba sus simpatías, pensó Colon en los preparativos de su expedición. Pidió autorización para llevarse consigo á su segundo hijo don Fernando, paje de Isabel, jóven de muy felices disposiciones, cuya compañía seria un consuelo en la continua separación de la familia que le imponía su misión. Previsora siempre la reina y maternal en sus bondades, al acceder á ese deseo, concedió el sueldo de oficial de marina al jóven Fernando, y mandó que, durante su ausencia, se transfiriera su paga de paje á su hermano mayor (3).

El Almirante se trasladó en seguida á Sevilla para ordenar su viaje. Aunque se abandonaba enteramente y sin reserva á la Providencia, no por eso dejaba de tomar todas las precauciones que dictaba la prudencia humana. Invitó al Adelantado para que le acompañara en aquel viaje de descubrimientos. Desengañado el valeroso marino de la Corte de Castilla, frizando en aquella edad en que el reposo es una recompensa, y no participando del entusiasmo del Almirante, se mostraba poco dispuesto á los peligros de una empresa de aquel género (4). Sin embargo, teniendo en cuenta don Bartolomé los años de su hermano, notando su debilidad física, que no le dejaba sentir á él mismo su fuerza de voluntad, acordándose del estado en que se encontraba al volver de sus dos últimas exploraciones, comprendiendo que podría serle indispensable, sacrificó nuevamente sus aficiones al amor fraternal, así como su necesidad de reposo y su resolución de no servir más á un gobierno tan ingrato. Consintió, pues, en embarcarse.

Tocante á don Diego, hermano del Almirante, la enorme injusticia cometida contra el Virey, y la experiencia de la maldad de los hombres, parecieron fijarle en su vocación. Resolvió dejar la Corte y el mundo para no servir en adelante más que á la Iglesia. Abrazó el estado eclesiástico, entrando en un nuevo género de vida que sin embargo llevaba ya en medio de los cuidados del gobierno.

(1) «Ricerca lo stretto ch' entra nel mare di mezzo giorno...» — Girolamo Benzoni, *la Istoria del Mondo Nuovo*, lib. I, fól. 28.

(2) Washington Irving, *Historia de Cristóbal Colon*, lib. XIV, cap. v, tom. III, pág. 155.

(3) «E SS. AA. prometieron al Almirante su padre que le serian pagados al dicho D. Diego, porque el dicho D. Fernando iba en su compañía en servicio de SS. AA.» — *Partida de pago hecho por el tesorero de SS. AA.* — Suplemento primero á la colección diplomática, núm. LVII.

(4) «Porque lo truje contra su grado» — *Carta de Cristóbal Colon á los Reyes Católicos, escrita desde Jamáica el 7 de julio de 1503.*

## § II.

Desde la muerte de su compatriota el papa Inocencio VIII, no se había puesto aún Colon en relaciones con su sucesor en la silla del Principe de los apóstoles. Al partir para ese viaje, que debía ser complementario de sus expediciones, escribió Cristóbal Colon al jefe de la Iglesia para darle cuenta de su silencio, de sus actos y de sus intenciones, y pedirle su protectora cooperación.

Del estilo noblemente familiar de esa carta, podría deducirse que un augusto parentesco unía la misión de Cristóbal Colon á los destinos del Catolicismo. Se conoce en ella la confianza del hijo que habla á su padre. Colon, aunque era seglar, casado, padre de familia, pide al Papa con toda naturalidad y sin exponer sus títulos, una delegación de autoridad espiritual, de la misma manera que habria podido hacerlo un verdadero Legado de la Santa Sede. Suplica al Sumo Pontífice que expida un Breve que ordene á todos los superiores de las Órdenes religiosas que le permitan escoger en sus conventos, para convertirlos en misioneros apostólicos, seis religiosos que él se reserva designar directamente ó por competente autorización, mediante delegación de sus poderes, y á cuya marcha no pueda oponerse ninguna jurisdicción eclesiástica ó seglar. Quiere que al volver á sus conventos aquellos religiosos, se les reciba y trate en ellos como si de allí no hubieran salido, y hasta con mayor consideración, si así lo merecen sus obras. Pide cooperadores, porque «espera en Nuestro Señor Jesucristo poder proclamar su Santo Nombre y el Evangelio en todo el universo (1).»

Extractaremos brevemente esta carta ya que, por su mucha extensión, no podemos copiarla por entero.

Decía Colon primeramente que, al partir para su primer descubrimiento, había formado el proyecto de ir, á su vuelta, en persona, á presentar á Su Santidad la relación de aquella expedición; pero que las pretensiones de Portugal le habían obligado á disponer apresuradamente su segundo viaje, y que, por lo mismo, no había podido efectuar su proyecto. Hablaba también de su tercer viaje hacia el Sudoeste, en el que había encontrado tierras inmensas y el agua del mar dulce.

Decía que su alma estaria inundada de gozo y alegría cuando pudiera finalmente presentarse á Su Santidad con la historia entera de sus descubrimientos, que había escrito expresamente para entregársela, y redactado en la forma y

(1) «Porque yo espero en Nuestro Señor de divulgar su Santo Nombre y Evangelio en el universo.» — *Carta del Almirante Colon á Su Santidad.* — Colección diplomática. Docum., núm. cxlv.